

JUAN SIGNES CODOÑER, *Breve guía de la literatura griega desde Hesíodo hasta Pletón*, Madrid: Cátedra, 2019, 512 pp., 20,00€, ISBN 978-84-376-4055-6.

En la Presentación (pp. 11-13) el autor (S. en lo sucesivo) afirma que el propósito del libro es insistir en una serie de factores poco abordados en los manuales de Literatura griega más conocidos, como son los modelos de lengua, la identidad de los autores, la oralidad, los códigos poéticos y retóricos, los géneros literarios y la transmisión. Además, insiste en que ninguna de esas obras abarca el periodo bizantino. Así, S. revisa la Literatura griega desde el siglo VII a. C. (Hesíodo) hasta mediados del siglo XV (1453, fecha de la caída de Constantinopla ante los turcos); añade que está convencido de que la tradición literaria griega es una sola, y, por eso, se propone no tanto hacer un manual de consulta o referencia cuanto una obra que proporcione “al estudiante y al aficionado una serie de criterios básicos que le orientaran en el momento de adentrarse en la espesa selva de la literatura griega” (p.12). El libro presente, afirma, es en buena parte resultado de sus reflexiones durante los años en que viene explicando, desde el 2011, la asignatura “Literatura griega” en la Universidad de Valladolid. Han contribuido también a la elaboración del mismo los trabajos del grupo de investigación “El autor bizantino”, en especial los referentes a procedimientos de copia y apropiación de modelos en las tradiciones literarias.

El capítulo I (Cronología. De Hesíodo a Pletón: ¿dos milenios de literatura griega?; 15-59) se reparte en siete apartados. En ellos, S. discute que la inscripción de la llamada Copa de Néstor, hallada en 1954 y datada en torno al 725-720 a. C., sea argumento suficiente para apoyar que la *Ilíada* (donde en 11.632-634 se alude a una pesada copa (*dépas*) de Néstor) existiera ya a fines del VIII a. C., pues, en todo caso, sería una “versión oral” de la obra; analiza la llamada “crisis” del siglo III d. C., considerada por muchos el “fin de la Antigüedad”, insiste en que la producción literaria de los siglos I-III d. C. es mucho mayor que la de la llamada época clásica y explica las posibles razones en que se habría apoyado el criterio general de los helenistas para reducir mucho la presencia de esos siglos en los manuales de literatura griega; critica poner el fin de la literatura griega en el siglo IV a causa de la cristianización de la misma, y defiende que, de modo ininterrumpido, la tradición literaria estuvo en contacto permanente, creando géneros y formas literarias nuevas; revisa la situación de los siglos VII-VIII cuando la producción literaria es escasa y alejada de los modelos literarios y retóricos de la Antigüedad, pues en su mayoría se trata de obras religiosas, así como algunas científicas; se detiene en cómo el mundo bizantino no sólo preservó los textos de los autores de la literatura griega anteriores al 641 (año de la muerte del emperador Heraclio) sino también nos transmitió las herramientas necesarias para su interpretación y valoración dentro del sistema educativo de la cultura griega. Por citar un ejemplo, los escolios y diccionarios bizantinos fueron esenciales para en-

tender muchas palabras del texto homérico. Dando por aceptada la continuidad de los modelos literarios griegos desde la copa de Néstor hasta el 1453 (caída de Constantinopla bajo los turcos), propone 21 periodos de la literatura griega, de los que ofrece los pertinentes cuadros sinópticos en que se recogen los hechos históricos esenciales así como las aportaciones literarias más sobresalientes. La labor de síntesis de esos casi dos mil doscientos años no ha sido nada fácil, reconoce S. Dentro de la literatura se deslindan tres campos: verso, prosa literaria y prosa técnica. S. revisa cómo, ante la inminencia de la caída del Imperio bizantino bajo la presión turca, muchos bizantinos se habían trasladado a occidente, a Italia sobre todo, llevándose con ellos todos los manuscritos y libros de que disponían. Buena parte de esos estudiosos empezaron a enseñar griego a los humanistas italianos, contribuyendo así, de modo decisivo, a la preservación del legado literario griego.

El II (Lengua y gramática. El griego de la literatura griega; 61-111) se distribuye en ocho apartados. S. aclara que es la lengua griega la que define la helenidad, y, por tanto, la literatura griega, y no el lugar de nacimiento ni la procedencia de un escritor; S. expone, en resumen, los tres principales grupos dialectales griegos: jónico-ático, dorio y eolio, señalando que los grandes poemas homéricos (*Ilíada* y *Odisea*), primero por vía oral, y luego por transmisión también escrita, fueron modelos para todo el territorio donde se hablaba griego. Un caso chocante es el de Hesíodo, un beocio, que elige para su producción la lengua épica, una verdadera mezcla de jonismos y eolismos con otros rasgos dialectales. Asimismo, resulta llamativo que numerosos autores procedentes de áreas lingüísticas dorias (Teognis de Mégara, por ejemplo) eligieran como lengua de expresión el jonio; subraya dos aspectos de indudable importancia: la consideración del latín como dialecto del griego (fue Dionisio de Halicarnaso (60-7 a.C.) el que indicó que el latín procedía del griego, concretamente del eolio. La teoría, con variantes, fue aceptada por numerosos romanos) y la tradición gramatical introducida en Roma por obra de gramáticos y rétores griegos; insiste en cómo se fue generalizando el uso de la “lengua común”, la *koiné*, en los prosistas de la época helenística –tras la muerte de Alejandro Magno (323 a. C.)–, en la que desaparecieron numerosos rasgos dialectales. En cambio, la poesía siguió recurriendo a las lenguas dialectales literarias. No obstante, el prestigio del ático aumentó mucho en época imperial, de modo especial gracias a los prosistas de la llamada “Segunda Sofística” (siglo II d. C.), de forma que invadió incluso la poesía. En esa época imperial se elaboraron y usaron múltiples recursos destinados a entender mejor los modelos clásicos áticos: comentarios, exegesis, escolios, antologías y diccionarios. Las élites culturales trataron de resucitar el ático propio de los siglos V-IV a. C., surgiendo la corriente llamada “aticista”, imitación de recursos gramaticales áticos (morfológicos y sintácticos de modo relevante) que habían desaparecido hacía siglos, e ignorados por los partidarios de la *koiné*. Por otro lado Ptolomeo II (285-246 a. C.) favoreció la traducción del *Antiguo Testamento* de los judíos al griego común. Ese paso fue de gran importancia, porque siglos más tarde los primitivos cristianos usaron en sus escritos directamente el griego común, en que se redactó casi todo el *Nuevo Testamento*. Ahora bien, en los siglos IV-V los grandes autores de la Patrística griega volvieron al ático, y, con ellos, una buena parte de la literatura cristiana

se sintió continuadora del griego clásico y aticista. La diferencia entre lengua culta (cultivadora del ático) y lengua hablada (usuaria de la *koiné*) fue notable en el imperio bizantino. Curiosamente, Justiniano (527-565 en el poder), por razones políticas y de propaganda impulsó, la *koiné* como elemento unificador en un imperio multicultural y multilingüe. La vuelta a la corriente defensora del ático recibió gran impulso en el siglo X con la presencia del patriarca Focio, y, posteriormente, gracias a numerosos escritores de los siglos XI-XII, época de oro de la literatura bizantina. Ya en el XIII, la fecha de 1204, momento en que los francos de la IV Cruzada tomaron Constantinopla, supuso la fragmentación del imperio bizantino y la irrupción en la literatura con fuerzas renovadas de la lengua vernácula, una *koiné* de bajo nivel cultural. Surge así la triglosia bizantina: la literatura en lengua vulgar, la escrita en *koiné* culta y la seguidora de los patrones clasicistas.

El III (El helenismo de la literatura griega: entre etnia y cultura; 113-165) consta de cinco apartados. S. muestra que desde el siglo IV a. C. los grandes escritores griegos insistieron en que era la educación (*paideía*) el elemento aglutinador de su cultura, dejando a un lado los lazos de sangre y filiación; destaca la deuda de Grecia con Oriente y recurre, entre otros, a Hesíodo en cuyas obras se ha visto una fuerte presencia de elementos orientales, en especial el *Enuma Elish* babilonio para la *Teogonía*, y otros relatos orientales, para *Trabajos y Días*; por su parte, una vez que Alejandro conquistó Persia y otras regiones orientales, en todos esos territorios los griegos mantuvieron su lengua y cultura, sin dejar de ocuparse del estudio y conocimiento de tales países. Así, los Ptolomeos, grandes impulsores del estudio de los autores clásicos griegos, protegieron asimismo el conocimiento de la historia egipcia, y ya hemos hablado de la traducción al griego del *Antiguo Testamento*. Otras iniciativas facilitaron la traducción al griego, a partir del egipcio, del llamado *Corpus Hermeticum*, unos veinte textos atribuidos en la Antigüedad a Hermes Trismegisto, y de los *Oráculos caldeos*, de origen mesopotámico, con fuerte contenido zoroástrico y babilonio; S. recorre la progresiva influencia de la lengua y cultura griegas en el mundo romano, desde las adaptaciones épicas y teatrales en latín, la presencia en Roma durante muchos años del historiador Polibio, la fuerte influencia del griego en Cicerón, Lucrecio, Horacio y Virgilio, entre otros, el bilingüismo en las élites romanas, impulsado luego por Augusto y permanente durante los siglos I-II d. C., las viejas protestas airadas de Catón (234-149 a. C.) contra la influencia imparable del griego, etc. Todo cambió con Diocleciano (284-305), que impuso el latín como obligatorio en toda la administración del Imperio; S. resume cómo, en los siglos IV-X, muchas naciones periféricas se convirtieron en una especie de comunidad de naciones en torno a Bizancio. La religión y también la literatura fueron los lazos de unión entre ellas: Siria, Egipto, Godos, Etiopía, Armenia, Georgia, Nubia, Arabia, Bulgaria.

El IV (La oralidad griega sin letras; aladas palabras y divinal canto; 167-226) se distribuye en ocho apartados. S. apunta la importancia de la oralidad –transmisión de contenidos sin textos–, en el caso del mundo griego, y sostiene que “la literatura griega, al menos hasta el comienzo de la época helenística, concebía el

texto escrito como un desarrollo secundario, y, por lo tanto, algo contingente” (p. 169); recuerda que, durante la tiranía de Pisístrato y sus hijos (561-508 a. C.) en Atenas, fue el momento en que, por encargo oficial, se hizo en dicha ciudad la copia escrita de Homero y apunta ciertas razones para sospechar que Pisístrato no sólo estuvo detrás de la redacción del texto depurado de la *Ilíada* sino que influyó en buena medida en el argumento de la *Odisea*; S., desde Hesíodo a Píndaro, apoya la ejecución oral de sus obras, y, respecto, a Teognis y la lírica coral, admite que fueron registrados por escrito en fechas tempranas del siglo VI; con respecto al teatro (en especial, la tragedia) subraya que “el elemento oral y visual tiene tanta o más importancia que el texto en sí, que es lo único que ha llegado hasta nosotros” (p. 186), y acepta (p. 193) que, en el teatro, el texto era un instrumento esencial “para la *performance*”, el modo de ejecución de la obra; S. nos habla de la importancia de la escritura en las obras de filósofos, sofistas y oradores, aunque no faltan, especialmente en los primeros, ejemplos de filósofos-poetas; para la época imperial y bizantina, S. destaca algunos ejemplos (de Plutarco, y, en especial, de Plotino, cuyos discursos fueron copiados a partir de sus discípulos o de borradores) para mostrar la presencia e importancia de la oralidad; y apunta que, incluso en el mundo bizantino, la presencia de la oralidad es rasgo destacable en la liturgia, drama y poesía popular.

El V (Poética y Retórica. La teoría literaria de los griegos; 227-269). S. revisa ambos conceptos entre los griegos, viendo que no es recomendable limitar a la poesía el ámbito de la Poética. Si la Retórica goza de un texto clave en la obra homónima de Aristóteles, punto de partida de una larga tradición de tratados retóricos, la *Poética* del mismo, conservada sólo fragmentariamente, apenas tuvo continuadores en la Antigüedad. Por eso es de gran relevancia el fragmentario *Sobre los poemas* del epicúreo Filodemo de Gádara (110-40 a. C.), rescatado de la cenizas de Herculano y posible elemento de enlace entre la poética aristotélica y la horaciana. No obstante, cuando los tratadistas contemporáneos de Poética recurren a Aristóteles, Horacio y al *Sobre lo sublime* del Pseudo-Longino (I d. C.), no deben olvidar que en la Antigüedad el estudio de la composición literaria no fue competencia de la Poética, pues ése estaba reservado a la Retórica; calificar a los poetas de mentirosos lo hicieron con frecuencia Isócrates y Platón, dos grandes defensores de la prosa literaria, elemento esencial para la oratoria y la formación educativa de los ciudadanos. Posteriormente, en época imperial, el triunfo del movimiento aticista durante la llamada Segunda Sofística y la incorporación definitiva de la Retórica en la educación fueron decisivos para consagrar la victoria de la prosa sobre la poesía. Así, hasta el final de la literatura bizantina, la poesía quedaría como un elemento secundario frente a la función esencial y dominante de la prosa; S. ofrece, a continuación, un breve repaso de los veintiséis tratados retóricos griegos más destacados, en orden cronológico. Recogeré, por su interés, sólo el nombre de los autores (discutido en ocasiones): Demetrio, Dionisio de Halicarnaso, Pseudo-Longino, Hermógenes de Tarso, Pseudo-Aristides, Apsines de Gádara, Menandro de Laodicea, Máximo de Éfeso, Romano el Sofista, Sópatro de Atenas, Siriano de Alejandría, Jorge Mono de Alejandría, Juan Sardonio, Nilo de Rosano, Juan Siceliota, Juan Doxopatro, Juan Diácono, Miguel Pselo,

Juan Tzetzes, Jorge Pardo, dos Comentarios a la *Retórica* aristotélica, Máximo Planudes, José Racendita, Jorge Gemisto Pletón, Mateo Camariota y Jorge de Trebisonda; S. dedica un apartado a los *progymnasmata* (“entrenamientos previos”), textos relevantes para conocer la importancia dada en las escuelas de Retórica a los aspectos formales y de contenido. Siguiendo a Aftonio de Alejandría (discípulo de Libanio), revisa los ejercicios llamados *mýthos* (“fábula”), *diégēma* (“relato”), *chreía* (“dicho”), *gnómē* (“sentencia”), *anaskeuē* (“refutación”), *kataskeuē* (“confirmación”), *koinòs tópos* (“lugar común”), *enkómion* (“encomio”), *psógos* (“vituperio”), *sýnkrisis* (“comparación”), *ēthopoía* (“etopeya”) y *ékphrasis* (“descripción”).

El VI (Géneros literarios. La clasificación de la literatura; 271-375), constituido por ocho apartados, es el más largo de todos. S. resume datos sobre la métrica cuantitativa frente a la acentual, con sus numerosas variantes; a continuación, expone la clasificación de los géneros poéticos dada por Proclo (412-485) en su *Crestomatía*, donde, dentro de la mélica (la poesía acompañada de canto), distingue 28 tipos; otra calificación es la acorde con los temas contenidos en el poema. A esa atendería Constantino Céfalas, en torno al 900, cuando ordenó los epigramas según dicho criterio, dando lugar a los quince libros que forman la *Antología Griega*, con unos 3700 poemas, imprescindible para entender la recepción y las categorías poéticas en el mundo bizantino; S. entra luego en la poesía bizantina, “la gran desconocida, incluso entre los propios bizantinistas” (p. 293), en la que, siguiendo a otros, establece dos grandes grupos: poesía no litúrgica, y poesía litúrgica, repartidos entre los siglos VI-XV; S. se pregunta retóricamente si hay géneros en prosa, y, tras entrar en los problemas surgidos a la hora de juzgar el carácter literario de las obras, se centra en la historiografía, oratoria y tratados técnicos; en historiografía abarca desde el V a. C hasta el XV d. C., subrayando los datos principales de los autores y las obras, algunas mal transmitidas o perdidas para la posteridad [Recojo la lista por su utilidad: V-IV a. C.: Heródoto de Halicarnaso, Hecateo de Mileto, Tucídides de Atenas, Jenofonte de Atenas, Éforo de Cime y Teopompo de Quíos; III-I: Polibio de Megalópolis, Diodoro de Sicilia y Dionisio de Halicarnaso; I-III d. C.: Dión Casio, Flavio Josefo, Apiano de Alejandría, Arriano de Nicomedia, Plutarco. Incluye en un sub-apartado a Pseudo-Calístenes, los novelistas (Caritón de Afrodisias, Heliodoro de Émesa, Longo) y, asimismo, Luciano, Diógenes Laercio y Filóstrato; IV-VII: Eusebio de Cesarea, Sexto Julio Africano, Atanasio de Alejandría, Cirilo de Escitópolis, Paladio, Teodoreto de Ciro, Juan Mosco, Eunapio de Sardes, Marco Diácono, Leoncio de Nápoles, Filostorgio, Sócrates Escolástico, Sozómoeno Escolástico, Eunapio de Sardes, el *Chronicon Paschale*, Juan Malalas y Teofilacto Simocata; IX-XI: Pedro y Abas, Ignacio Diácono, Nicetas, Genesio, el Continuator de Teófanos, Miguel Pselo, Simeón Metafrasta, Jorge monje y Teófanos; XII-XV: Jorge Cedreno, Juan Zonaras, Ana Comnena, Juan Cínamo, Nicetas Coniata, Jorge Acropolita, Jorge Paquímeres, Nicéforo Grégoras, Juan Cantacuceno, Constantino Manases y Efraim; XV: Laónico Calcocondiles, Demetrio Ducas, Jorge Esfrantzes y Miguel Critobulo]; S. pasa, luego, a la oratoria demostrativa y la prosa del IV a. C., señalando sus rasgos principales; se centra, a continuación en cuatro polígrafos

(Plutarco, Luciano, Focio y Miguel Pselo) de los que señala sus mayores logros así como su relevancia en la tradición de la literatura griega; por último el apartado nono lo escribe Inmaculada Pérez Martín, que revisa la ciencia como literatura, el contexto de la misma, la relación ciencia-filosofía, el estilo y el espinoso tema de la autoría y originalidad. Se detiene, por ejemplo, en Euclides y Galeno y apunta algunas categorías de escritos científicos, donde sobresalen las definiciones, los llamados *problemata* (“preguntas para resolver”), la poesía didáctica, la literatura compilativa y la carta científica.

El VII (Transmisión. Entre el accidente y la selección; 377-449). S., basándose en el *TLG* (*Thesaurus Linguae Graecae*. Universidad de California. Irvine. En línea) prepara un gráfico en que establece ocho periodos (arcaico-clásico, siglos VIII-VI a. C.; clásico, V-IV; helenístico, III-I a. C.; imperial, I-III d. C.; tardoantiguo, IV-VI; siglos oscuros, VII-VIII; mesobizantino, IX-XI; tardobizantino, XII-XV) con indicación del número de palabras de cada uno. Resulta que el periodo tardoantiguo es el principal: 40 millones de palabras, y, si los primeros cuatro periodos contienen unos 58 millones, los cuatro últimos suman 110 millones, casi el doble; a continuación, revisa los materiales en que la literatura griega fue transmitida hasta el IV a. C.: inscripciones en cerámica, piedra (sobresale la de las Leyes de Gortina), papiro (los más antiguos conservados son del IV a. C.). Su utilización se vio impulsada desde fines del V, cuando Atenas aceptó el uso del alfabeto jonio, y, de modo especial, por su presencia en las escuelas, como nos muestra la cerámica), las copias corregidas que posiblemente Isócrates y Demóstenes encargaron de sus escritos, la primera biblioteca de la que tenemos datos fehacientes (la del *Corpus Aristotelicum*, según noticias de Estrabón, 64 a. C.-24 d. C.), con los avatares de su transmisión, etc.; las escuelas establecidas en el enorme espacio geográfico conquistado por Alejandro contribuyeron en gran medida a la difusión de la lengua y literatura griegas, pues tenemos datos precisos gracias a los miles de papiros descubiertos en Egipto. El establecimiento de la Biblioteca de Alejandría, impulsada por los Ptolomeos, resultó decisivo para la recepción, conservación, copia, corrección, ordenación y transmisión del enorme legado literario anterior; aborda, en seguida, cómo se publicaron y difundieron los escritos de Plotino, según el testimonio de su discípulo Porfirio (234-305 d. C.), el cual explica, paso a paso, el proceso de edición de las obras del maestro; S. se ocupa, después, de las llamadas “gentes del libro”, los cristianos fieles a su obra sagrada, mostrando que, desde el IV, la literatura cristiana siguió una senda clasicista en la que fomentó el cultivo de la tradición literaria y la educación clásica; S. analiza la crisis del mundo antiguo y el primer renacimiento bizantino, con la aparición de la minúscula, esencial para la recuperación de los modelos clásicos. En el movimiento innovador destacan, con mucho, la figura de Focio (886-912), con su *Biblioteca*, la compilación de la *Antología Griega* y la recopilación llamada *Enciclopedia histórica* de Constantino VII Porfirogeneto (912-959); el apartado 7 (“Del papel a la imprenta: de los Comnenos al humanismo italiano” es de Pérez Martín, ya mencionada: la estudiosa examina los rasgos dominantes de la cultura bizantina de ese periodo histórico. Destaca las cabezas más sobresalientes del mismo, de las que mencionaré algunas: Tzetzes (1100-1180) esencial por sus

comentarios a autores como Hesíodo; Eustacio de Tesalónica (murió hacia 1107), profesor de retórica en Constantinopla, comentarista y estudioso de los poemas homéricos; el monje Máximo Planudes (1260-1330), traductor al griego de numerosos autores latinos, y copista-comentarista de Jenofonte, Euclides, Plutarco y Ptolomeo, entre otros; en los primeros decenios del XIV, los filólogos Tomás Magistro y Demetrio Triclinio, esenciales por sus estudios sobre el teatro y la oratoria clásicos; Manuel Crisoloras, quien a fines del XIV enseñó griego en círculos italianos y allí trasladó su biblioteca, punto de partida de la difusión de los saberes de la Antigüedad en Occidente; en seguida, numerosos libros bizantinos enriquecieron las bibliotecas Vaticana, Medicea (Florencia) y Marciana (Venecia); en nuestro país, Demetrio Ducas, cretense, formado en Venecia en los talleres del gran impresor Aldo Manucio, fue contratado como catedrático de Griego en la recién fundada Universidad de Alcalá, donde aportó los tipos necesarios para imprimir un corto número de poetas, y, sobre todo, la *Biblia Políglota*.

El VIII (La historia interminable; 451-455). S. apunta el florecimiento de los estudios de tradición clásica en la Europa de la segunda mitad del XX, tras el libro de G. Highet (*The classical Tradition...*, 1949), pero advierte que en ellos se ha excluido la literatura bizantina, entendida como una realidad distinta de la clásica, no creadora de modelos integrados en la tradición clásica, postura que da lugar a indudables problemas metodológicos, de los que examina varios.

El IX (Bibliografía. Un recorrido por manuales de literatura griega de los últimos 40 años; 457-489). S. revisa y comenta en orden cronológico ascendente los principales volúmenes dedicados a la literatura griega o/y a la bizantina, insistiendo en sus presupuestos, propósito y contenidos.

Cierran el libro sendos índices onomásticos de autores griegos y de autores latinos. El libro está dotado de 26 ilustraciones.

El encargado de la reseña ha leído el libro con interés y aprovechamiento, y está de acuerdo con las palabras del autor (p.12) sobre la intención de su libro y en quiénes pensó al escribirlo, para los que, sin duda, resultará instructivo e interesante. Es más, está seguro de que otros numerosos lectores podrán aprender mucho del mismo; cree, además, que es innovador al examinar la literatura griega como un todo a lo largo de los siglos abarcados, criterio, por lo demás, no poco discutible. No obstante ha de mostrar sus reparos sobre bastantes de los conceptos expresados a propósito de la "literatura oral", la cual, muy en boga hace unos años, resulta, para numerosos especialistas de literatura griega, una flagrante *contradictio in terminis*.

JUAN ANTONIO LÓPEZ FÉREZ
UNED
jalferez@flog.uned.es

